



ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA (1).

X.

Lo expuesto ya en los capítulos anteriores es de inmensa utilidad para el estudio de la Geografía, la Física, la Química, la Frenología, la Astronomía, las ciencias y las artes en general, pues para esto y mucho más tiene este sistema perfecta aplicación.

Una niña nuestra, de seis años, aprendió de corrido, sólo por el método de las voces análogas, las principales capitales de Europa, los más notables ríos de España, las constelaciones y los signos del Zodiaco. Para estos últimos nos bastó una sencilla fórmula, que le dijimos en paseo, y no fué necesario repetírsela para que no se le borrara de la memoria. La fórmula, aunque mala,

era la siguiente: *Ahí estuvo gimiendo el cancerbero, y la Virgen le libró del Escorpion que le agitaba, y del capricho de echarse al agua con los peces.*

En la cual están refundidos por su orden los doce signos del zodiaco, en que se distribuyen los meses del año, comenzando á contarlos por *Aries*, ó sea desde Marzo, el equinoccio de la primavera en que el sol pasa por el Ecuador, haciendo los días casi iguales á las noches: pues sabido es que en el calendario romano el año empezaba en dicho mes, hasta que Numa Pompilio añadió Enero y Febrero, á los que corresponden *Acuario* y *Piscis*.

Pero si además de querer retenerlos en la memoria por su orden correlativo—para lo cual basta la fórmula citada—se pretende saber las estrellas que á cada uno correspon-

(1) Véase el núm 11, tomo XII.

den, hay que adoptar las oraciones de texto variable, que terminan con la voz data, cuyas sílabas representan en su esqueleto el número de estrellas de cada uno. Para ello bastará saber que *Aries* tiene 62 estrellas; *Tauro*, 207; *Géminis*, 64; *Cáncer*, 85; *Leo*, 93; *Virgo*, 117; *Libra*, 66; *Escorpión*, 60; *Sagitario*, 94; *Capricornio*, 64; *Acuario*, 117, y *Piscis* 116.

Y lo que dejamos establecido para mnemonizar las constelaciones zodiacales, es aplicable á las boreales y australes antiguas y modernas.

La utilidad de este arte se halla fuera de toda duda, si bien por estar poco generalizado no se puedan apreciar sus innumerables ventajas. Multitud de casos concretos así lo confirman: referirémos algunos ántes de terminar este trabajo.

Una criada, que no sabía leer ni escribir, daba con la mayor exactitud la cuenta de la compra diaria á su señora, que vivía sola con ella, sin más que poner en un plato una partícula de cada uno de los objetos que tomaba en la plazuela, y cuando se trataba de líquidos, como el aceite, echaba una gota en un pedacito de papel, que reunía con los demás. Otra, que tampoco sabía escribir, daba sus cuentas haciendo reales con garbanzos, cuartos con las judías secas y ochavos con las lentejas.

Esto en cuanto al proceder de las operaciones numéricas: tratándose de localidades, baste decir que nosotros conocemos un ciego de nacimiento que, merced al ejercicio artístico, digámoslo así, de su memo-

ria local, sale de su casa temprano, se dirige á uno de los principales cafés del centro, va derecho, de prisa, avisando á los transeuntes con la contera del baston sobre las losas, sin tropezar con nadie, más que con alguno que pase distraído y no repare en él: entra en el café por la puerta central, sin equivocarse. De allí sale á dar diferentes lecciones; conoce las distancias de una casa á otra, los cruces de las calles que recorre; los pasos que ha de andar, y entra en los portales sin rozarse con el dintel; y si no siente ruido en la escalera sube más ágil que nosotros los tramos, pues sabe los peldaños que tienen, y toca á la campanilla como si tuviera vista, con sólo guiarle una vez.

Podríamos presentar numerosos ejemplos de esta índole, que asombrarían á los que no conocen los recursos mnemónicos.

Citaré también, entre varios, el caso de un convite que Scopa daba en Tesalia, al que asistía Simónides, y que mientras éste salió de aquella estancia á una cosa urgente, se desplomó el pavimento, pereciendo todos y quedando horriblemente desfigurados; de tal modo, que la autoridad no podía conocerlos. Simónides los nombró uno por uno recordando el orden que ocupaban en la mesa.

Hemos ya dicho en el curso de estos estudios que este método, auxiliar poderoso de la memoria, tiene vastas aplicaciones, no sólo á distintos y curiosos ramos del saber, sino á la historia y á las ciencias, y en la

analogía fónica vimos demostrada la posibilidad de aprender de corrido los doce signos zodiacales con el número de estrellas de cada uno.

En astronomía nuestro procedimiento ofrece ancho campo para sostener en la memoria lo que es difícil conservar por los medios naturales. Los planetas se diferencian en volumen, diámetro y densidad. No todos giran en igual tiempo alrededor del sol y de su eje, ni tienen idéntica inclinación de órbita sobre la eclíptica, ni la misma paralaje, ni distan lo mismo tampoco del disco solar. Esto, sin embargo, ofrece un gran punto de apoyo al arte que nos ocupa, porque según la tabla de Keplero tienen estas distancias la particularidad de ser dobles, es decir: $3 + 3 = 6$: $6 + 6 = 12$: 24, 48, 96 y 192; y añadiendo *cuatro* tantos más á cada una resultan exactas las distancias varias que entre sí tienen los planetas.

Si pasamos á la física, esa ciencia tan útil y recreativa, podremos también encontrar las ventajas de este método con la aplicación de sus tres procedimientos, para aprender sin gran fatiga y sin temor de equivocarnos las propiedades de los cuerpos sólidos, su porosidad, impenetrabilidad, divisibilidad, ductilidad, extensión, flexibilidad, comprensibilidad, elasticidad, dureza y tenacidad en sus diversos grados. Así como las de los líquidos: peso, movimiento, presiones, choques y resistencias. Los flúidos aeriformes, incoercibles é imponderables: el calórico, la luz, la electricidad y el mag-

netismo, con todos sus fenómenos, fechas y nombres de los autores que de ello tratan.

En química, es indudable lo que allana su estudio este ingenioso arte para conocer todos los cuerpos simples, según la tabla de Berzelius, en la que no pueden guardar un orden alfabético, y no están, sin embargo, allí arbitraria ó caprichosamente colocados, sino en perfecta armonía con sus afinidades y grados de electricidad, desde el *oxígeno* al *potasio* inclusive; y la ley de las proporciones múltiples en sus combinaciones recíprocas, su composición y equivalencias.

En la materia médica y farmacología, simplifica no poco la embrollada descripción que hacen los autores de cada una de las sustancias medicinales en que se encuentran propiedades que son inherentes ó comunes á otras varias, y que repiten en todas ellas con prolijidad insoportable.

Para hacer más clara y breve su mnemonización, deben clasificarse según su origen mineral ó vegetal, sus grados de energía y preparaciones peculiares. En cuanto á su peso por libras, onzas, dracmas, escrúpulos y granos que éstos contienen, nada hay más trivial y sencillo. Y si se tratara de la homeopatía, es de gran importancia este arte para saber de memoria y sin tropiezos por medio de cuadros ordenados conforme á las reglas establecidas, el largo catálogo alfabético de todos los medicamentos que se emplean desde el *ácido muriá-*

tico hasta el *zinc*, los casos en que se aplican, dosis que son usuales, tiempo que dura su efecto, sus antídotos y estaciones en que son más convenientes.

Tampoco puede negarse su utilidad á la anatomía descriptiva para conservar, una vez aprendidos, los nombres de los huesos, músculos, membranas, vértebras, nervios y demas órganos del cuerpo humano.

A la historia natural para la clasificación ordenada de las plantas y de los minerales, segun el método de Jussieu, y para saber su especie, clase y familia, lo propio que en la zoología con respecto á todos los animales.

En la geografía es de gran importancia si se ha de conocer bien la latitud y grados de longitud de varios Estados de Europa, capitales de provincia, partidos, ciudades, villas, pueblos, rios, valles, cerros, montañas, alturas y cordilleras.

Difícil es tambien conservar en la memoria y saber el punto en que se encuentran los diferentes establecimientos balnearios de España, y por este método, divididos en cuatro agrupaciones, ó sean cuadros de localidad, con las sublocalidades respectivas, que marquen la clase de aguas que los distinguen en *acídulas*, *sulfurosas*, *salinas* y *ferruginosas*; pueden abrazarse todos los conocidos hasta el dia.

La legislación, ó sea la jurisprudencia, tambien sacaria gran provecho de este arte para retener en la memoria las leyes, capítulos, artícu-

los y párrafos que convenga citar á un abogado en la vista de un pleito, sin correr el riesgo de incurrir en inexactitudes ó errores, que su contrario se apresuraria á refutarle; pudiendo hacerse extensivas estas citas á los Códigos de Enjuiciamiento civil y criminal, partidas de la Novísima Recopilacion y disposiciones contencioso-administrativas que se hallan vigentes.

A los idiomas, para saber con facilidad la conjugacion de verbos por su órden, declinacion, régimen, etc., como asimismo el número de voces de que se compone cada uno, lo cual no puede conseguirse sino mnemonizando los guarismos por medio de sus articulaciones representativas y sus palabras equivalentes. Por ejemplo, el español, que consta de 30.000 voces propias: el italiano, de 35.000: el frances, de 29.710: el inglés, de 36.784, y estas últimas tienen dos quintas partes tomadas de otras lenguas, pues hay 6.732 de origen latino, 4.812 francesas, 1.148 griegas, 691 holandesas, 211 italianas, 173 alemanas, 75 danesas, 36 españolas, 50 suecas, 50 irlandesas y hasta 136 de varios dialectos.

A la música, para recordar los sostenidos, bemoles, becuadros, compases de espera, calderon, llaves y demas signos que se necesita tener presentes para ejecutar una pieza, y el lugar que ocupan en el pentagrama.

En cuanto á la historia sagrada y profana, nos referimos en un todo á los ejemplos con que hemos demos-

trado su incuestionable utilidad, fijando allí las bases que pueden servir de norma para mnemonizar épocas, sucesos, nombres y fechas; lo propio que acontece con las ciencias y artes que á la ligera hemos pasado revista en este tratado, y otras que omitimos por no ser demasiado difusos.

Por último, más de 300 obras van publicadas acerca de este arte, casi todas extranjeras; pero su exposición confusa, sus fórmulas complicadas y en muchos casos el desatender la íntima alianza que existe entre los tres procedimientos que constituyen su síntesis, son motivos quizá que arredran á los principiantes y causa de que se abandone su estudio. En España este modesto trabajo es el segundo que se ha dado á la prensa, y es de lamentar que hasta ahora no se haya planteado su enseñanza en las escuelas de primeras letras, simplificando, si es posible, aún más el método para hacerle agradable y fácil á los niños.

Por nuestra parte hemos procu-

rado la posible claridad en estas breves lecciones, convencidos de que el principal fin del arte mnemónico es poner en relacion cosas abstractas con ideas concretas, hacer que el raciocinio sirva de lazo á lo que no parece susceptible de union y lo es por medio del artificio, única manera de conservar lo que desde nuestra niñez aprendemos y olvidamos despues; pero repetiremos siempre que la mnemotecnia no ensancha inteligencias limitadas, ni tiene el privilegio de grabar en la memoria lo que no se haya aprendido ó estudiado previamente en la historia, en la cronología ó en las ciencias; que las fórmulas que se emplean nada importa que sean inverosímiles, incorrectas y grotescas, sino que, por el contrario, cuanto más en ellas resalta el ridículo, mejor se retienen, que es á lo que debe aspirar todo el que con perseverancia se dedique al estudio del ingenioso *arte de ayudar á su memoria*.

FIN.

M. J. PASCUAL.



LAS CAMPANAS.

Ya luce la mañana,
Ya tañe la campana
Con mágica armonía
El dulce Ave-María
Del alba hermosa en pos.

Aparta tu beleño,
Diosa de torvo ceño;
El alba está á la puerta
Y el alba me despierta
A bendecir á Dios.

Al escuchar sus sonos
Laten los corazones
Como con nueva vida:
Campana bendecida,
Táñeme siempre igual.

Que tu sonoro acento
Cuando atraviere el viento
En su carrera leve,
Siempre de vida lleve
El himno celestial.

Yo te cobré cariño
Siendo inocente y niño:
Nunca al caer el día
Tu triste són oía,
Sino al rayar la luz.

Entónces despertaba:
Mi madre me besaba,
Y «Ave-María» diciendo
Te saludaba, haciendo
Sobre mi sien la cruz.

Ya cuando viene el día,
Ya al rayar la mañana,
No oigo el Ave-María
Que reza la campana
Que vida al mundo da.

Cuando la noche vela
La luz que queda inerte
La escucho, y me revela
Que cerca está la muerte
Donde la noche está.

JUAN PEREZ DE GUZMAN.

EL DICHOSO JUAN.

(CUENTO DE GRIMM.)

Juan habia servido á su amo siete años. Un dia le dijo:

— Señor, ya he servido bastante tiempo y quisiera volver al lado de mi madre; hágame V. el favor de pagarme mi salario.

— Me has servido leal y fielmente, le dijo el amo, y debo recompensarte con largueza.

Y le dió un lingote de oro tan grande como la cabeza de Juan.

Juan sacó del bolsillo su pañuelo, envolvió el lingote de oro, ató el pañuelo á la punta de un palo, se echó éste á la espalda y se puso en camino con direccion á la casa de sus padres. Iba andando, andando, un pié tras otro, en el coche de sus zapatos,

cuando vió á un caballero cabalgando en un hermoso caballo.

—¡Oh! exclamó Juan, ¡que bueno es ir á caballo! Va uno sentado como en una silla, no tropieza uno en los guijarros del camino, no se le rompen á uno los zapatos, y sobre todo, va uno en ménos tiempo á cualquier parte.

El caballero, que le habia oído, se detuvo y le dijo:

—¡Eh! tú, Juan, ¿por qué vas á pié?

—Porque no tengo caballo, contestó Juan. Llevo á mis padres este gran lingote de oro, que en verdad digo á usarcé que me pesa como si fuera piedra berroqueña.

—Si quieres, cambiáremos, dijo el caballero, te daré mi caballo y tu me darás tu lingote de oro.

—No tengo inconveniente, pero mire su merced que le va á pesar mucho.

Apeóse el caballero, y despues de haber tomado el oro ayudó á Juan á montar y le puso en la mano las bridas.

—Ahora, le dijo, cuando quieras que el caballo vaya muy de prisa, no tienes que hacer más que decir: «¡Hop! ¡hop!» y te llevará volando.

Juan estaba loco de alegría viéndose á caballo. Al cabo de poco tiempo diéronle ganas de ir muy deprisa y exclamó: «¡Hop! ¡hop!», como le habia prevenido el caballero. El caballo se lanzó á galope tendido, y Juan, ántes de que pudiera asegurarse en la silla, fué arrojado á un barranco á un lado del camino. El caballo es-

taria corriendo todavía si no le hubiese detenido un aldeano que venía por el mismo camino con una vaca. Juan, de muy mal humor, se levantó como pudo y dijo al aldeano:

—¡Vaya, que es divertido ir á caballo, sobre todo cuando el caballo tiene el genio de este animalito que por poquito me estrella! No seré yo el que vuelva á montar en semejante corcel. No tengo maldita la gana de morir estrellado. ¡Cuánto más no vale una vaca igual á esa que traes! es un animal pacífico y útil, que da leche, manteca y queso. Cualquier cosa daría yo por tener una vaca parecida á esa.

—Pues si quieres, dijo el aldeano, te la cambio por tu caballo.

—Con muchísimo gusto. Ya puedes montar en él y largarte con viento fresco y yo me quedo con la vaca.

El aldeano montó en el caballo y éste partió á escape.

Juan echó á andar con su vaca delante, pensando complacido en el buen negocio que habia hecho.

—Ahora, dice, no me faltará nada. Con la leche se puede mantener uno muy bien, y la vaca me dará más de la que yo quiera. Con la leche puedo hacer manteca y quesos muy ricos. ¿Quién me tose á mí ya?

En la primera venta que encontró detúvose y se comió alegremente todas las provisiones que habia sacado de casa de su amo; gastó en vino el único dinero que tenía, y, descansado y satisfecho, continuó su camino con la vaca, que le iba á ser tan útil.

Al mediar el día el calor era sofocante, y Juan tenía una sed espantosa.

— Pues señor, se dijo, voy á ordeñar la vaca y á beber un poco de rica leche.

Ató la vaca al tronco de un árbol,

y como no tenía vaso ni jarra, puso el sombrero para recoger la leche, pero en vano quiso ordeñar á la vaca, porque ni una gota de leche dió el animalito, y para colmo de desgracia, como al ordeñarla le hacía daño, el animal impaciente le soltó una patada



tan bestial en la cabeza que le dejó en el suelo sin conocimiento por largo rato.

Felizmente le acudió y socorrió un carnicero que pasaba por allí, llevando, con perdon de VV., un gorrito. Juan le contó lo que le había

sucedido con la vaca; el carnicero le hizo beber un poco de aguardiente para reanimarle y le dijo:

— Esta vaca no te dará leche jamás; es una vaca vieja que no sirve ya más que para el matadero.

(Se concluirá).



ESCENAS INFANTILES.



LA MADRECITA DE LOS ANIMALITOS.



ASISTIR Á LOS ENFERMOS.

Nada hay más conforme al deseo de la humanidad y al espíritu del cristianismo que el cuidado que se tiene de las personas afligidas de alguna dolencia. Si es uno de los primeros deberes de los pastores eclesiásticos el visitarlas y animarlas con sus exhortaciones y áun proporcionar medios de curacion á aquellas á quienes la indigencia impide procurárselos, todos los demás católicos de cualquier clase y condicion no están ménos obligados á cumplir en cuanto pudieren con esta obra de misericordia. Hé aquí por lo que muchos príncipes y otros varios personajes opulentos, animados de una verdadera piedad, han abierto asilos cómodos y numerosos á la humanidad pobre y doliente. Por este motivo tan poderoso un gran número de vírgenes cristianas, renunciando á las esperanzas del siglo, se han dedicado en ellos á las más trabajosas y repugnantes ocupaciones.

El cuidado de los enfermos no pertenece solamente á los que se han dedicado á él exclusivamente; nadie está exento de los deberes que impone á todos la caridad cristiana. Pero aquellos son más estrechos aún para las esposas y madres de familia. Así como fuera inútil probar esta verdad, no lo será observar de paso que las funciones de una esposa á la cabecera del lecho en que padece su

marido, y las de una madre respecto de sus hijos enfermos, tienen siempre mejor resultado que las desempeñadas por personas extrañas. En efecto, ¿cómo se pueden comparar los servicios de una mujer asalariada con aquellas atenciones llenas de delicadeza, con aquella tierna solicitud de una buena esposa ó de una madre á la que todo inquieta y que saben hablar únicamente aquel lenguaje que consuela y anima el corazón del objeto de su ternura? Si todo el mundo conoce la influencia de nuestra situación moral sobre nuestro cuerpo, nadie puede ignorar que un esposo enfermo, si es asistido por su esposa, y un hijo es consolado y dirigido por su madre, están más próximos á su curacion que los que carecen de tan interesantes desvelos y nada costosos para el amor. El que se dedique á cuidar los enfermos, ya sea por precision ó ya voluntariamente, debe tener paciencia y no acobardarse del furor ó quejas de un infeliz agobiado por los padecimientos. No debe alarmarse á la vista de una enfermedad horrible, de una herida espantosa ni al olor infecto de una úlcera antigua. Debe preparar las medicinas que el médico ha recetado cuando su composicion no exija conocimientos superiores; hacérselas tomar al enfermo y ayudarle en sus movimientos. Renovar el aire mefítico de lo

interior del lecho, haciendo entrar el puro de afuera, tomarle el pulso de cuando en cuando para poder responder á las preguntas del médico. Mas estos servicios no son los más importantes; se debe además exortarle á la resignacion, é inspirarle piadosas y consoladoras reflexiones y leerle alguna cosa que le distraiga de sus dolores. Evítense los discursos inútiles y empalagosos que fatiguen su atencion ó le acarreen pesadumbre por la comparacion que haga en-

tre los placeres que disfrutaban los demás y los dolores que él padece.

Vale mucho más que las jóvenes sepan desempeñar bien estas tareas que el que sepan cantar y bailar diestramente, porque aunque carezcan de algunas alabanzas frívolas, serán por otro lado recompensadas con la estimacion de sus madres y personas que las conozcan, y hé aquí el fundamento de su elogio y de su buena reputacion.

C. CONTRERAS.

LOS TRES LEGADOS.

(Continuacion.)

Primero apelé á la música, y mandé que una orquesta alegre y armoniosa, acompañada de coros de muchachas bien amaestradas, se colocara en la habitacion inmediata, y ejecutara piezas de música las más dulces y cadenciosas: nada adelanté. Hice que llevaran á la cámara de la princesa jaulas con canarios, calandrias y otros pájaros cuyas canciones y trinos pudieran distraerla; no hizo caso de ellos.

Dispuse que á la música acompañaran hermosas bailarinas, lujosamente ataviadas, que ejecutaban delante de la princesa las más vistosas danzas: Coralina no dió señales de interesarse en aquel espectáculo; únicamente la música la enternecía con sus melodías y la hacía derramar abundantes lágrimas, pero no por eso se alegraba.

Pasaban los dias en inútiles ensayos y nada adelantábamos. El Rey me llamó aparte un dia, y me habló así:

—Veo que no os tomáis el más vivo interes por devolver la salud á mi querida Coralina; y cuando tan fácilmente me habeis librado de una enfermedad mucho más terrible y violenta que la que mi hija padece, no puedo creer que os falten recursos para aliviarla, sino que os falta un verdadero interes por conseguirlo.

—No lo crea V. M., le contesté, hago cuantos esfuerzos me sugiere el ingenio por combatir esa funesta enfermedad, pero hasta ahora á todo se resiste.

—Probad otros medios, me dijo, y para que conozcais cuán vivos deseos tengo de que la princesa reco-

bre la salud, os diré que tal será mi gratitud para con vos si la curais de tan lastimosa situacion, que os la daré por esposa el dia en que consigais vencer la enfermedad que la atormenta.

Di las gracias al Rey por sus bondadosas ofertas, y desde aquel dia me dediqué con más ardor á buscar el anhelado remedio, pues el interes que en un principio me habia inspirado la hermosa Coralina, se habia convertido en amorosa passion. Desde aquel momento no pensé en otra cosa; hice construir un palanquin, y conducida en él por cuatro criados, llevé á la Princesa á los jardines de palacio, para ver si podian alegrarla la vista de los árboles y de las flores más hermosas, el canto de los pájaros, el murmullo de las fuentes, el aire, el sol, la música; en verdes y deliciosos cenadores hice preparar alegres festines, en ellos, entre una juventud gozosa, hice servir á la Princesa los más apetitosos manjares, los más deliciosos vinos; ¡tarea inútil! en aquella alma, cubierta de las más profundas sombras de la tristeza, no conseguí que penetrára un solo rayo de luz.

En vano preparé los espectáculos más variados y sorprendentes, las iluminaciones de luces de colores, los fuegos artificiales de pólvora y las representaciones teatrales; Coralina con nada se alegraba.

Triste y meditabundo me paseaba yo una tarde por lo más retirado y espeso de los jardines reales, cuando sintiéndome cansado y deleitado por

lo solitario y fresco del sitio, me senté en un banco rústico, no léjos de una fuentecilla rodeada de las flores más várias. De pronto atrajo mi atencion el zumbido de dos abejas que habian acudido allí á buscar la dulce miel en los cálices de las flores para llevarla á su colmena, ó tal vez para llevar alguna cristalina gota del agua que prodigaba la fresca fuentecilla.

Como comprendo el idioma de todos los animales, presté atencion á lo que hablaban las dos abejas, porque advertí que se ocupaban de mí.

— Hé allí, dijo una, dónde se ha sentado ese hombre á quien sus semejantes consideran como el primer sabio de este reino, y que cura todo género de dolencias.

— Así lo dicen las gentes, contestó la otra, pero, sin embargo, no ha acertado todavía á encontrar el remedio tan sencillo que puede devolver la salud y la alegría á la hija del Rey.

— Y no por falta de deseo: ayer presencié las más vistosas danzas, que en medio de los jardines habia preparado, en combinacion con una música armoniosa, para ver si se alegraba la Princesa, que estaba sentada á la sombra de un árbol frondoso.

— Y no conseguirian distraerla de su profunda tristeza. Me extraña en ese hombre, que se tiene por un sabio, que no haya adivinado que la melancolía profunda de la Princesa ha nacido únicamente en el abandono y la ociosidad. ¿Qué distraccion

ni qué alegría ha de encontrar una jóven entregada siempre á la pereza, sin ocupacion ninguna, sin fijar su atencion en cualquier tarea que ocupe su imaginacion y su actividad?...

— Luégo tú crees que la tristeza de Coralina no reconoce más origen que la ociosidad?

— ¿Y dónde puedes encontrar un vicio más adecuado á producir todo género de males? Si esa jóven se dedicára á cualquier tarea provechosa y ocupára sus fuerzas y su imaginacion en cualquier trabajo, no daria lugar á que la tristeza la consumiera.

— Tienes razon, la melancolía es enfermedad de los holgazanes; nosotras nunca estamos tristes, porque jamas estamos ociosas.

Alejáronse las dos abejas continuando su conversacion, que no pude oir, pero ya habia escuchado lo bastante, y dí gracias á la casualidad, que me habia deparado á tan hábiles maestras.

Por la noche cené con el Rey, y segun tenía por costumbre, me habló de la enfermedad de su hija, lamentándose amargamente de que nada adelantáramos en su curacion.

— Mañana, le dije, principiaremos á poner en planta un plan curativo que es infalible, y para el cual ya está la princesa suficientemente preparada.

— Decidme cuál es.

— Sumamente sencillo. Redúcese á que la princesa se ponga una camisa tejida con un hilo que yo he preparado á propósito, bañándolo sie-

te veces en las aguas de un rio de maravillosa virtud. El hilo necesario lo tengo ya en mi habitacion, y sólo falta una cosa. Es preciso que la Princesa, por sus propias manos, y sin auxilio de nadie, lo hile, teja luégo la tela en un telar á propósito, hecho de una manera que yo sé: despues de tejida la tela, la misma Princesa debe cortar de ella una camisa, coserla despues, lavarla luégo, plancharla cuando esté seca, y por último ponérsela. En el momento en que se la ponga quedará radicalmente curada.

El Rey y la Reina se sorprendieron de mi maravilloso remedio, quisieron ver aquel hilo que, gracias á las aguas de un rio mágico, yo habia logrado hacer tan milagroso, y yo les ofrecí que lo verian al dia siguiente. Excuso decirlos que el hilo que yo les presenté en rama, nada tenía de maravilloso, ni yo lo habia preparado con baños mágicos; era un hilo comun, comprado al primer mercader que se me habia proporcionado; la verdadera virtud en que yo confiaba era en el trabajo que la Princesa habia de emplear para hilar, tejer y hacer su camisa, todo con sus propias manos. Recomendé, sobre todo, con mucho encarecimiento, que ninguna otra mano que no fuera la de la enferma tocara siquiera á la obra encantada.

Al pronto se negó Coralina á secundar nuestros proyectos; únicamente los reiterados ruegos del Rey y de la Reina, y la seguridad que le daban de que se trataba de devol-

verle la salud, pudieron hacer que emprendiera las tareas necesarias para hacerse la maravillosa camisa. Empezó, si he de decir la verdad, de malísima gana y á cada momento la dejaba; fué necesario que el Rey y la Reina se sentáran uno á cada lado de ella, y que de continuo la animáran y rogáran con insistencia para que no abandonára el trabajo. Esto no fué más que los primeros dias, pues despues ya trabajaba sin excitacion de nadie: cuando acabó el hilado, el trabajo le habia interesado ya, y lo hacía con gusto. Cuando principió á tejer su tela, ya hablaba algo y prestaba atencion á lo que la rodeaba, y pidió que los músicos y los cantores ejecutáran algunas piezas para distraerla.

A pesar de la aplicacion que puso en su telar, la obra adelantaba poquísimamente, como que yo tenía cuidado en deshacer por la noche la obra que ella habia hecho durante todo el dia. Ella, que no sabía esto, se admiraba de adelantar tan poco, y se aplicaba cada dia con mayor empeño. El Rey y la Reina acudian algunos ratos á verla trabajar, y hablaba con ellos alguna cosa: principió á comer con algun apetito; sus miradas principaron á ser más vivas y serenas; prestaba atencion á la música, á los pájaros que cantaban, y apoyada en el brazo de una de sus doncellas, se adelantaba al anochecer, cuando abandonaba su tarea, al balcon de su habitacion para gozar de la vista del jardin y las caricias del céfiro embalsamado. Los Reyes estaban ale-

gres en extremo, y cada dia me preguntaban si creia que la curacion adelantaba.

—No hay duda, contestaba yo; el contacto del hilo maravilloso ha empezado ya á dejar sentir sus efectos en la Princesa, y cada dia que pase la mejoría será más visible.

Así sucedió en efecto. Coralina trabajaba cada vez con más ardor, y su semblante, su tristeza, su salud toda se iba modificando, y cambiaron, por último, radicalmente. Cuando concluyó de tejer su tela, manifestó la mayor alegría: ella misma cortó la camisa, y en dos dias que tardó en coserla, vimos con satisfaccion que miéntras daba con ligereza puntada tras de puntada, se entretenia en cantar uno de los aires más alegres que habia oido á los músicos de palacio. Cuando la hubo cosido, bajó saltando al jardin, y ella misma lavó su camisa en una fuente; la tendió luego al sol; la planchó por la tarde, y por la noche se la puso.

A la mañana siguiente me llamó el Rey, y me dijo:

—Segun parece, la Princesa está radicalmente curada de su enfermedad, y quiero cumplirte la palabra que te empeñé; quiero que desde mañana seas mi hijo, despues de haber sido mi amigo y la providencia de mi familia.

Le dí humildemente las gracias por la honra que pensaba dispensarme: desde el dia siguiente principaron los preparativos para la boda, á la cual la Princesa accedió gustosa, luego que su madre le reveló el com-

promiso contraído por el Rey. Celebróse nuestro casamiento con la mayor pompa y en medio de la general alegría: ninguna, sin embargo, igualó á la que yo sentí viéndome esposo de la bellísima Princesa. Coralina, al recobrar la salud, se habia convertido en la más encantadora niña que podeis imaginar, á no ser que el amor que le tengo la presente á mi vista con perfecciones superiores á las que posee: lo cierto es que á mis ojos no hay criatura más hermosa ni más hechicera en todo el universo, y cuando la veais, que confio será pronto, me diréis francamente si es que la pasión me engaña, ó si en realidad mi esposa es la más bella y amable de las mujeres.

Después de mi casamiento, puedo decir que yo he sido la persona de más confianza para el Rey, que no me ha ocultado secreto alguno, y que no ha dado un paso sin consultarlo conmigo. En sus consejos, la primera opinión que se oía y la que hacía

más peso era la mía; en todos los graves asuntos de Estado han predominado mis consejos y mis observaciones, y he tenido la suerte de que á todo el mundo satisfagan mis resoluciones, lo mismo al Rey que á sus magnates, que al pueblo entero, que me profesa un cariño entrañable: yo he organizado en aquel reino los tribunales de justicia; yo he tasado las contribuciones, procurando aliviar á los súbditos que las pagan, y nivelarlas de una manera equitativa; yo he aconsejado la reforma de ciertos abusos inveterados; yo he intervenido en todos los tratados con las naciones aliadas; para el nombramiento de los altos funcionarios se me ha pedido siempre un consejo; bajo mis auspicios se han emprendido muchas obras públicas de general utilidad; yo soy, en fin, el oráculo que siempre se consulta en todo cuanto se quiere emprender.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.

EL AVESTRUZ.

FÁBULA.

(IMITACION DE LESSING.)

— Voy á volar! — el Avestruz decia;
Y á su lado las aves se paraban
Curiosas observando su manía.
— Voy á volar! — sin tregua repetia
Orgullosa al mirar que le observaban.
Mas sus alas pesadas vanamente
Quiso agitar para tender el vuelo,
Cayendo fatigadas nuevamente,

Y el Avestruz no se movió del suelo.
¡ Cuánto escritor ramplon hace otro tanto!
— Voy á cantar! La inspiracion me inflama!
¡ Dadme la lira! — exclama,
Y cuando suelta su anunciado canto,
El público que escucha sus sonidos
Se apresura á taparse los oídos.

M. OSSORIO Y BERNARD.

ARTISTAS CÉLEBRES.



JACINTA PEZZANA DE GUALTIERI,
actriz italiana, la más notable entre las contemporáneas.

ADVERTENCIA.

En el siguiente número continuará el interesante poema *El primer pantalon*, que nos vemos precisados á interrumpir hoy por no haber llegado á tiempo los grabados que faltan para completar los correspondientes al citado poema infantil. Esta ha sido la causa del retraso con que se reparte este número.

MADRID, 1875.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Ariban y C.^o (sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.